**SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD- B**

En este domingo celebramos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, cuyos nombres llevamos inscriptos en nuestra alma desde el día de nuestro bautismo. El evangelio propuesto para hoy es el mismo que el de la Ascensión, justamente porque cuando Jesús asciende al cielo deja a sus discípulos la misión que cumplir: bautizar a todos los pueblos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Jesús mismo da la fórmula, Él mismo revela a la Trinidad, por lo tanto no es ninguna invención de los hombres. Jesús mismo está diciendo que es necesario bautizarse para ser sus discípulos, y desde ese momento, habita en nosotros la Trinidad Santa. No nos damos cuenta de este gran suceso que constantemente lo vivimos dentro nuestro.

Según el evangelio, Jesús dice “bauticen”. La palabra bautismo significa “ser sumergidos”. Por eso es que en los inicios de la Iglesia, el bautismo era por inmersión en agua. Hoy por cuestiones prácticas se ha perdido este signo que es más profundo que recibir agua en la cabeza. Ser sumergidos en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. ¿Qué significa esto? Que somos introducidos en este gran misterio; que compartimos ese mismo amor que habita en Ellos. Un misterio no se comprende; se vive, se experimenta, pero no se puede explicar ni abarcar. Por eso, es que, para ser bautizados no es necesario comprender, sino disponer el corazón. Bautizar no significa zambullirse, porque eso dura unos segundos. Sumergir es mucho más profundo y abarca a toda la persona: no deja nada fuera para ser purificado.

Este gesto de sumergirse no sucede sólo en el bautismo, sino cada vez que participamos activamente de la Eucaristía; cada vez que comulgamos, cada vez que nos confesamos, cada vez que meditamos la Palabra. Por eso es que, quien se sumerge, o mejor dicho, quien es sumergido en las aguas de la Palabra, cuando emerge a la realidad concreta de todos los días, no puede ser la misma persona de antes, porque ya ha sido purificado por la presencia de Dios. Quien se ha sumergido en el agua que de la vida (en la Eucaristía), no puede morir de sed en los momentos de angustia o de adversidad. Quien se ha sumergido en la Confesión, va aprendiendo de a poco a perdonar y a ser perdonado. Quien se sumerge en la oración diaria, difícilmente se pierde en medio de las “contraindicaciones” que encuentra en el mundo.

¿Dónde está la clave de todo esto? Jesús mismo lo dice: enseñar a todos lo que Él mismo ha mandado. Es decir, a vivir el amor. Y este amor no es deshojar margaritas: te quiero, no te quiero, te quiero, no te quiero. A la persona se la ama o no se la ama. No hay un punto medio. Claro que somos humanos y por eso nuestro amor a veces baja un poco la intensidad o por ahí parece que se desvanece. Eso es normal: nuestra fragilidad humana produce estas cosas. Por eso es que, no hay que engancharse o enredarse cuando el amor está como agotado. Cuando eso sucede, significa que hay que cargar las baterías. Hay gente que ve que se le acaba la nafta pero hasta que no ve la luz roja sigue andando, con el riesgo de quedarse repentinamente en medio del camino. Y después nos irritamos. Así sucede con el amor. Cuando percibamos que se va acabando, no esperar a que se acabe del todo porque después es muy difícil recomenzar la relación de nuevo.

¿Por qué doy ejemplos sobre el amor? ¿Qué tiene que ver con la Trinidad? Muchísimo. La Trinidad está basada en el amor que no se acaba. Es un amor activo y renovador. Un amor pleno y completo. El sinónimo de la Trinidad es el Amor. El Espíritu Santo renueva todas las cosas con el amor del Padre y del Hijo. Dios no puede no amar. Dios sólo sabe amar. Dios es amor. Y este amor, Dios mismo ha decidido compartirlo con nosotros. Cada día que pasa, Dios sale a nuestro encuentro para conquistarnos, para reenamorarnos. Lo hace constantemente, a cada instante. Y tiene que insistir bastante porque nosotros andamos detrás de otras conquistas y nos enganchamos con todo lo que pasa al lado nuestro. Vivimos entretenidos con otros amores. Jesús nos invita a sumergirnos en el amor de Dios, no a entretenernos con su amor. El entretenimiento es pasajero, nos mantiene activos y felices por un momento, pero después nos deja vacíos y nos produce buscar otro entretenimiento que ocupe el espacio. El sumergirse en el amor de Dios es profundo, nos toca toda la vida y nos sacia plenamente: ya no hay necesidad de nada más porque su amor lo ha llenado todo.